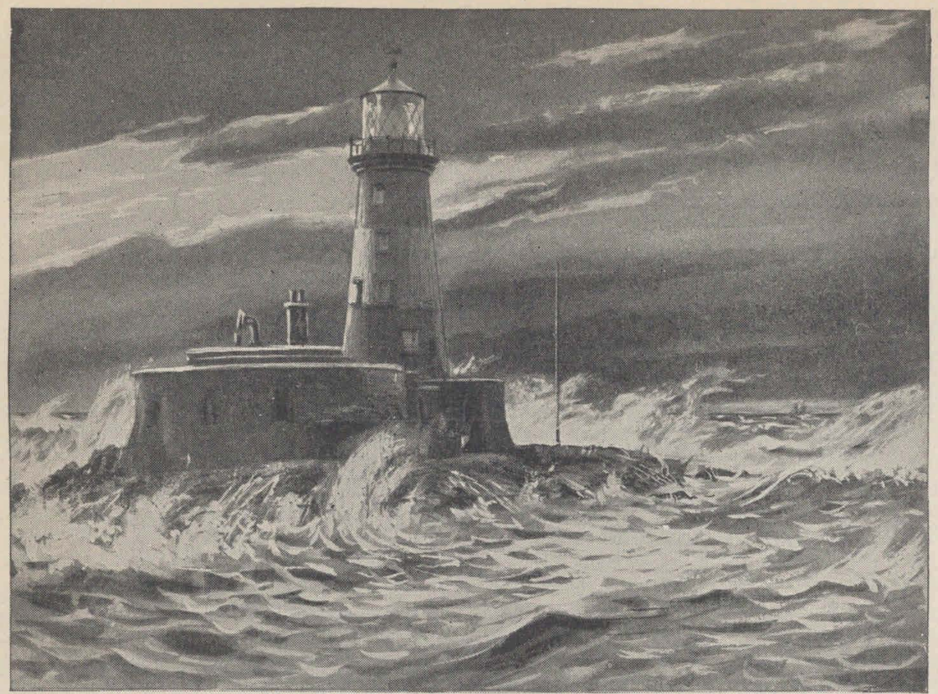
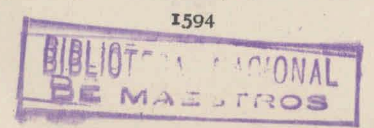


El faro de las islas Farne, desde el cual Gracia Darling remó hacia el vapor náufrago.



Gracia Darling fué una de las más valientes muchachas que haya habido nunca. Su padre era torrero del faro de las islas Farne, cuando en la tormentosa noche del 6 de Septiembre de 1838 naufragó el vapor *Forfarshire*. Nueve personas, hombres y mujeres, esperaban socorro con angustia, en la proa del buque náufrago, cogidos a los restos del vapor estrellado contra la roca, barridos por las olas y azotados por la tempestad. Por la mañana, en cuanto amaneció, Gracia Darling se subió a la torre con el catalejo, y vió sobre las rocas los restos del naufragio, batidos por el furioso mar. Se embarcó en el bote del faro, con su padre, bogando hacia el lugar donde nueve personas se hallaban en peligro de muerte. Llegó y condujo a los náufragos hasta el faro, dejándolos allí en seguridad.



EL HEROÍSMO DE GRACIA DARLING

TERRIBLE tempestad sorprendió al vapor *Forfarshire*, el 6 de Septiembre de 1838, hallándose en alta mar a la altura de Cabo Spurn, en su travesía de Hull a Dundee.

Aun con el tiempo más hermoso, el buque, con sus calderas agujereadas, no era muy seguro; pero al sobrevenir furiosa la tempestad y voltearle y sacudirle entre las olas, gigantescas como montañas, produjéronse grandes grietas, y por ellas penetró el agua que apagó los fuegos haciendo ingobernable el buque. La tripulación se apresuró a recoger las velas y a achicar, pero cada vez se reducía más el espacio que quedaba a flote. Al cerrar la noche, el vapor, en medio de la oscuridad, se hallaba a merced de la borrasca, y a las doce se veía el gran faro de Farne, en la costa de Northumberland, avisando a los desgraciados marinos el terrible peligro que corrían, sembrada como estaba dicha costa de rocas, que se hundían a centenares de brazas de profundidad.

Sobre aquellas rocas se estrelló el buque, con su aterrada tripulación, deshecho y partido en dos. La parte de popa se hundió en el abismo, con cuarenta personas, mientras la proa, con nueve marineros y pasajeros, asidos a los restos del naufragio, se hallaba sobre las rocas, barrida por las olas.

Fácil es comprender el terror de que todos estaban poseídos, esperando llegara el día e invocando al cielo para su salvación. Al rayar el alba, pudieron ver a una milla de distancia el faro de Longstone, construído en la isla más exterior del grupo, en el cual habitaba como torrero un viejo marino, curtido por las tempestades, llamado Darling, en compañía de su mujer y de su hija Gracia. Ninguno de los tres había dormido en toda la noche, pues las olas se rompían con fragoroso estruendo contra las rocas y barrían la linterna que se elevaba sobre el mar.

Cuando clareó lo bastante, Gracia subió al faro con el anteojo. Allá lejos, en medio del mar furioso, vió a aquellos nueve pobres náufragos, abrazados a los restos del buque. Conociendo harto bien que al llegar la pleamar y rugiendo aún la tempestad, iban a perecer todos, la valiente muchacha decidió intentar salvarlos. Su padre y su madre procuraron persuadirla de que iba a exponerse a una muerte cierta; pero ella dijo: « Si mi padre no quiere venir conmigo, iré yo sola ».

Al ver que su determinación era irrevocable, le ayudó su madre a echar al agua el bote del faro, en el cual se embarcaron la valiente niña y su padre, remando hacia el buque náufrago, donde nueve hombres tenían en peligro la vida. Indómitos ante el terrible riesgo, luchando con los vientos y las revueltas aguas, llegaron, por último, hasta el lugar del naufragio y pusieron a las nueve víctimas en seguridad.

La historia del heroísmo de Gracia Darling se difundió al punto por toda Inglaterra y por el mundo entero. El pueblo, generoso, envió dinero y regalos a la valerosa niña; y hubo muchos que emprendieron largos viajes para verla.

EL CRIADO QUE SALVÓ A SU AMA

EN una islita de Australia, junto al arrecife de la Gran Barrera, al norte de Queensland, un europeo se vió un día obligado a trasladarse, en busca de provisiones, a una ciudad lejana, dejando a su esposa y a su hijito al cuidado de un criado chino.

Durante esta ausencia el fiel servidor hubo de sentir la mayor alarma al ver que los naturales, todos fieros y crueles, habían salido de tierra firme y marchaban por la isla en dirección a su casa. ¿Qué hacer? No había en la isleta lugar alguno donde esconderse y el dueño había partido en el único bote existente.

El chino botó apresuradamente al agua un enorme caldero que servía para la cocina, colocó en él a su ama y al niño,

proveyóse de un cántaro de agua, y algunos comestibles y remó hacia un islote desierto, distante tres o cuatro millas, desde donde vieron cómo los salvajes destruían su casita.

Mientras la señora vivió allí llevó un diario de los acontecimientos, en el cual refiere que el chino les procuraba todas las comodidades posibles, hasta que, por fin, al cabo de muchos días de negarse a comer, fué a esconderse en un matorral, donde se le encontró muerto de hambre y envuelto en su andrajosa manta.

Por desgracia, antes de recibir auxilio, murieron también la madre y el hijo; todos fueron hallados, así como el diario de donde está tomada esta historia.

EL HOMBRE QUE SALVÓ A SU HIJO

UN negociante francés, llamado Labat, que vivió en los últimos años del pasado siglo, sintiéndose enfermo se retiró a una hermosa quinta, inmediata a las orillas del río Adour. He aquí que una mañana hubo de llamarle la atención la lucha que en la orilla opuesta sostenía un jinete con su caballo indócil. El anciano comerciante, que iba vestido con una bata, salió de casa y contempló con ojos ansiosos la batalla entre el hombre y el animal. De repente quedó horrorizado al ver que el jinete era despedido violentamente por el caballo, y que caía en el río y se zambullía en el agua.

No vaciló Labat. Olvidóse de su edad, de sus dolencias, de las comodidades de su casa, de su seguridad y se precipitó al agua, sumergiéndose para salvar al hombre que peligraba. Era un deber de humanidad.

El negociante era buen nadador, pero hacíase difícil salvar al jinete, con sus pesadas botas, y sólo después de terrible lucha, consiguió dejarlo seguro en tierra.

Entonces, lanzando un grito, cuyos ecos repercutieron en el silencio de la mañana, el viejo comerciante exclamó fervientemente:

—¡Sagrada Caridad! ¿qué no te debo? *¡He salvado a mi hijo!*

EL MOCITO QUE NO QUISO PELEAR CONTRA SU PATRIA

HE aquí la historia de un joven italiano, que bien merece ser calificado de héroe, aunque su nombre no sea conocido. A mediados del pasado siglo no se había constituído todavía el reino de Italia. Dominaba la parte meridional la monarquía de Nápoles, cuyo rey era extranjero, y el gobierno muy duro. Más de la mitad del Norte se hallaba bajo el régimen del emperador de Austria. Los italianos detestaban el yugo y deseaban alcanzar su independencia, lo cual consiguieron al cabo de largos años de lucha, siendo Víctor Manuel el primer rey de la Italia Unida.

Los austriacos enviaron entonces tropas a Italia para reducir a los rebeldes; pero, además de los soldados imperiales, obligaban también a muchos aldeanos italianos a incorporarse a los regimientos destinados a combatir al pueblo de Italia que peleaba por su independencia. Los aldeanos no podían resistirse, pero hacían todo lo posible, exponiéndose a los mayores riesgos, para prestar ayuda a las partidas de insurrectos. Si formaban en las filas austriacas, se veían obligados, para salvar sus vidas, a pelear contra sus conciudadanos.

Entre los obligados a hacer armas contra los patriotas italianos, hubo un mocito que resolvió buscar antes la muerte que ayudar a una causa odiada. No pudo resistir a los austriacos, pero ni siquiera en defensa propia quiso combatir contra los libertadores; y así, al darse la primera batalla, fué encontrado cadáver con la sonrisa en los labios, sosteniendo el fusil con sus dedos crispados por la muerte.

Pero el fusil no había estado cargado nunca. Había dado su vida por Italia, sin combatir en propia defensa.